

Preguntas de la guerra

ANÁLISIS

Juan Carlos Jobet



PREGUNTAS DE LA GUERRA

¿Qué preguntas debemos hacernos en Chile para intentar leer el escenario global y sortear mejor los efectos de la guerra en Medio Oriente? ¿Cómo cambian las variables más importantes para nuestra economía si la tregua se hace definitiva, como parecen anticipar los mercados, o si, por el contrario, la solución tiene un traspié? ¿Volverán las cosas a la normalidad en el primer caso? ¿Generará una reactivación de los ataques daños difíciles de reparar a infraestructura energética que fueren destrucción de demanda de combustibles y una recesión global, o ese escenario ya quedó atrás?

¿Cuánto se acelerará la tendencia, propia de este nuevo contexto internacional en que la fuerza se impone a las reglas y todo sirve como arma, a priorizar la seguridad de las cadenas de suministro por sobre su eficiencia? ¿Qué costos tiene, qué oportunidades nos abre, esta inclinación por hacer más cosas en casa o países amigos en vez de fabricar donde es más barato y luego transar? ¿Cómo evitar que Chile, que ha operado por años con éxito en un modelo de apertura, foco en sus ventajas comparativas, tratados que se cumplen y relaciones no discriminatorias con sus socios, caiga en la tentación de dejar que la lógica de bandos y confrontación, o de aislamiento, permee sus decisiones de política?

¿Cuánto se acelerará el esfuerzo de las economías por bajar su dependencia de los combustibles fósiles? ¿Redoblará China, que hasta el bloqueo norteamericano del petróleo iraní que va a sus refinерías poco había dicho sobre la guerra, sus esfuerzos iniciados hace años ya por electrificar su economía y ser así menos dependiente de combustibles que no tiene y de las rutas marítimas por las que circulan, que son resguardadas (o lo eran) por EE.UU.? ¿Quié-

nes más buscarán reemplazar los combustibles por electricidad, ya no por razones ambientales, sino para reducir su vulnerabilidad a *shocks* o chantajes externos?

¿Qué impacto tendría esa apuesta geopolítica por la electrificación, que se suma al creciente consumo de la IA, sobre el costo de las tecnologías limpias y de las materias primas como el cobre y el litio, esenciales para construir esa capacidad renovable, líneas de transmisión y distribución, baterías y autos eléctricos? ¿Podría esa mayor demanda esperada por los minerales que Chile exporta com-

¿Cómo evitar que La Moneda y sus bases políticas más duras confundan la capacidad de adaptación que demandan a veces los cambios en las circunstancias con debilidad de carácter, renuncia a las convicciones o incluso traición?”.

pensar el golpe adverso que tendría sobre sus precios una desaceleración global?

¿Qué oportunidades abrirá constatar la fragilidad de las cadenas de suministro del petróleo y el gas para un país estable, distante de las guerras y con enormes recursos para producir y usar energía limpia? ¿Podremos desplegar en Chile industrias intensivas en electricidad como *data centers*, desalación de agua, producción de acero, explosivos, fertilizantes o combustibles sintéticos? ¿Qué más

podemos hacer en esta coyuntura para materializar esa oportunidad y atraer la inversión y tecnología necesarias?

¿De qué magnitud y persistencia serán los efectos inflacionarios del conflicto y cómo afectarán las tasas de interés y la inversión? ¿Cuánto caerán los rendimientos agrícolas por el aumento del costo de los fertilizantes y cuánto se encarecerán los alimentos por esta alza, que se suma a la del petróleo, insumo clave en esa y otras cadenas de valor muy sensibles para los más vulnerables?

¿Cómo influirá todo esto sobre la recaudación y cómo debería navegar Hacienda esta incertidumbre dada la estrechez fiscal? ¿Con qué velocidad reaccionarán los agentes económicos a las medidas anunciadas esta semana por el Gobierno (si es que se aprueban, otra pregunta abierta), en un contexto en que la confianza sobre el futuro económico del país parece estar deteriorándose rápido?

¿Con cuánta flexibilidad debe el Ejecutivo conducir la economía en este nuevo escenario? ¿Cuánto debe persistir en sus ambiciones iniciales y cuándo esa persistencia comienza a erosionar más de la cuenta el capital político imprescindible para dar gobernabilidad y resolver los problemas que la realidad impone, que no son siempre —no son casi nunca— los que se anticipan al hacer campaña? ¿Cómo evitar que La Moneda y sus bases políticas más duras confundan la capacidad de adaptación que demandan a veces los cambios en las circunstancias con debilidad de carácter, renuncia a las convicciones o incluso traición?

¿Nos estamos dando el tiempo y los espacios para hacernos preguntas, o cada uno tiene ya sus propias certezas? ¿Cómo generamos un acuerdo más o menos amplio sobre cuáles son las preguntas prioritarias, sobre cómo dar con las respuestas, y en torno a cuál es el camino para hacernos cargo de sus implicancias?